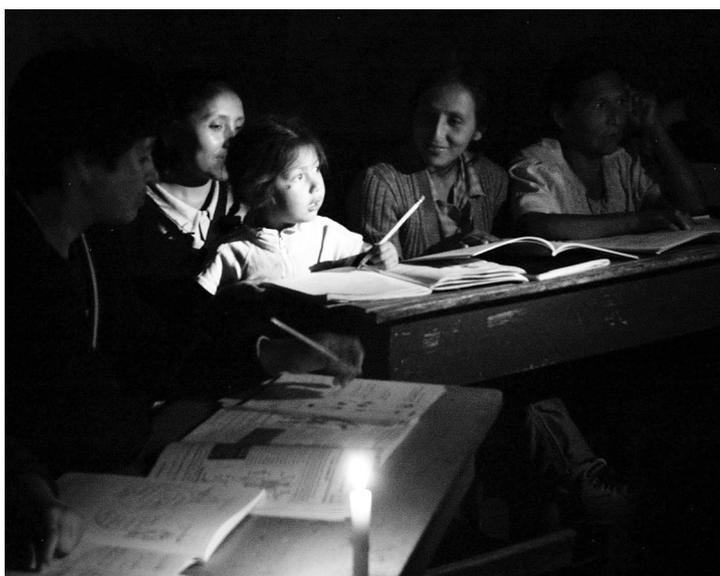


# Al alumno con cariño

*Claudia Aréstegui Buscaglia*



Empecé a trabajar en el colegio Agustín de Hipona en marzo del 2010. Debo empezar diciendo que no estudié educación y nunca quise ser profesora. Estudié Comunicación para el Desarrollo en la Católica y siempre supe que eventualmente estaría vinculada a la educación, cuidado del medio ambiente o resolución de conflictos sociales. Eran las tres áreas que me interesaban, pero de hecho haciendo algo a "gran escala". Cuando pensaba en educación ni siquiera se me venía a la mente entrar a un aula a dictar una clase, simplemente no iba conmigo.

Un día, en uno de esos prolongados almuerzos en el jardín de Sociales, una muy buena amiga se me acercó con un volante. "Mira", me dijo. Yo lo leí y contesté que no sabía enseñar. Ella me respondió "yo tampoco". Llegando a mi casa entré a internet y postulé al trabajo que —literalmente— me cambió la vida.

El volante que me dio era de Enseña Perú, una ONG que tiene como objetivo eliminar la brecha que existe en educación en nuestro país. La idea es que gente recién salida de la universidad, de diferentes carreras (no necesariamente de Pedagogía) enseñe por dos años en colegios en zonas vulnerables del Perú. El proyecto me encantó. Llené mis datos, escribí los ensayos que tenía que escribir, pedí las cartas de recomendación que tenía que pedir y listo: mi postulación a EP estaba completa. Luego vino una entrevista y más evaluaciones, y en noviembre recibí la llamada. Me sentí como una Miss Mundo, lloraba y saltaba por la calle, en verdad estaba emocionadísima.

Me asignaron para enseñar Comunicación a tercero, cuarto y quinto de secundaria en el colegio Agustín de Hipona en Sarita Colonia. Lo primero que pensé cuando me dijeron la zona fue: qué miedo. Me imaginaba un barrio recontra peligroso, no sabía cómo ir, cuánto me iba a tomar el camino, si me robarían, cómo sería la gente y los alumnos... Tenía tantas dudas y tantas expectativas. Ya me imaginaba yo como Michelle Pfeiffer en *Mentes peligrosas* o como el profesor de *Al maestro con cariño*. Te lo juro, qué roche. Es que lo que yo quería era cambiar la manera de ver el mundo de esos chicos y enseñarles un montón de cosas, que aprendieran a volar, que fueran felices. Ni los conocía y ya tenía planes para toda su vida. Gran error, pensar que sabes qué necesita la gente a la que nunca has visto.

Cuando entré a los salones me di cuenta de mi equivocación: esos chicos ya tenían sue-

ños y aspiraciones. Y no eran lo que pensaba. Eran chicos buenísimos, inocentes, recontra sanos. Los problemas eran otros, nada que ver con lo que yo pensaba. Pero ahí voy, trabajando en ellos y creo que he logrado bastante. Dos cosas en las que me concentré mucho fueron redacción y ortografía. Me arrepiento de no haber guardado copias de los trabajos que recibí en marzo del año pasado para compararlos con los de ahora, es increíble, he descubierto talentos.

No voy a decir que el cien por ciento de los alumnos es totalmente responsable y que siempre entregan los trabajos a tiempo porque creo que no es tan fácil, pero he descubierto técnicas para que hagan sus tareas y que les interese hacerlas, que me entreguen las asignaciones a tiempo, hechas por ellos (antes pensaban que no me iba a dar cuenta cuando habían hecho *copy paste*).

Es reconfortante sentir que algo ha cambiado con tu presencia y con el trabajo conjunto. En la celebración del Día del Maestro, un alumno dijo que yo era una de las personas que más había influido en su vida. La emoción no me dejó decirle que ellos son las personas que más han influido en la mía. Yo he ganado más teniéndolos a ellos en mi vida de lo que ellos han ganado teniéndome a mí, eso está clarísimo.

\*\*\*

Me despierto cuando todavía es de noche. Y cuando salgo de mi casa, aún no ha amanecido. Sí, da flojera, pero también satisfac-

ción. Igual, me encanta el tono azulado de las primeras horas del día. Subo al micro y me quedo dormida, de hecho necesito esa hora más de sueño. Como a las siete y media entro al cole, con los ojos todavía hinchados por la "siesta" y entro a clases. Todos los días son diferentes. Algunos, claro, son mejores que otros.

Dicto dos o tres clases diarias, las clases tienen a treinta chicos como máximo. Les enseño gramática, literatura, redacción, ortografía... el curso es una chanfaina, la verdad. Pero trato de hacerlo un poco más ordenado, como para que se les haga más fácil entenderlo y quererlo un poquito. La técnica de Enseña Perú implica bastante participación del alumno y un poco del profesor, como para que los chicos creen su propio aprendizaje basado en la experiencia. Entonces, la mayoría de clases son bastante activas y terminan casi siempre con una evaluación. Así te aseguras de que el chico aprendió.



Los chicos estudian de 7.45 de la mañana a 4.45 de la tarde. A las 11 tienen media hora de recreo y a la 1.45 es la hora de almuerzo. Al colegio van niños desde los cuatro años hasta quinto de secundaria. A las 10.30, inicial y primer grado salen al recreo. Es una fiesta ver a todos los piojitos correr por el patio, a veces algunos incluso se aventuran a entrar a mis clases a preguntar por su hermano mayor o por su prima. Trato de parecer seria y de decirles que no pueden entrar al salón en ese momento, pero me gana la ternura y no les digo nada. De ahí se van corriendo, igual que como llegaron, como si no hubiera pasado nada. Y cuando tocan el timbre, se escucha un grito generalizado y luego corren una vez más para seguir estudiando.

Ahora nos toca el descanso a nosotros. El colegio es chico, el patio es de pisos resbalosos y para cruzarlo hay que esquivar a toda la muchachada que corre a comprar, a jugar un rato de fútbol con una pelota de papel o una chapita, a los niños que juegan a la lucha libre y a las chicas que pasean conversando de Edward Cullen y los grupos de pop del momento. Cruzo el patio y voy a la sala de profesores a comer algo, a sentarme un rato, a descansar. Ahí me encuentro con los profesores, con quienes, en su mayoría, he logrado tener una buena relación.

En total somos cuatro profesores de Enseña Perú dentro del Hipona. Es una suerte tenerlos junto a mí, pues nos hemos sabido apoyar a lo largo de este año y medio de trabajo. Al comienzo no fue nada fácil, aunque algunos profesores nos dieron su confianza, otros no lograron creer tanto en nosotros. Poco a

poco les hemos demostrado que podemos ser buenos profesores.

Durante el recreo suena por el altavoz música cristiana (la monjita Glenda es la más popular). De vez en cuando Robert, el auxiliar de conducta, hace algunos anuncios. En este tiempo, los chicos compran su lonchera, que puede ser arroz chaufa, papa a la huancaína, pan con pollo, chanfainita, dependiendo de lo que haya estado en el menú del día. Las porciones pueden ser de un solo o de cincuenta céntimos. De vez en cuando se hace ventas profundas de anticuchos o picarones (de los más ricos que he probado) a un sol.

A las once y media (aunque a veces se olvidan de tocar el timbre y suena diez minutos más tarde) regresamos a clases. Dicto tres horas más antes de entrar a almorzar. Trato de llamar la atención de los chicos para poder aprovechar el tiempo y empezamos la clase. Lo que me gusta de este trabajo es que el tiempo se pasa rapidísimo porque siempre estás haciendo algo. A veces es estresante porque todos los chibolos están llamándote al mismo tiempo a pesar de ver que estás hablando con alguien más, pero me gusta porque siempre estoy activa y siempre siento que estoy haciendo *algo*. No estoy solo llenando formularios, sacando fotocopias o llamando por teléfono a algún socio; estoy *haciendo la diferencia*. Es más, estamos, los alumnos y yo, haciendo la diferencia. Y me encanta.

Este trabajo me ha cambiado la vida. A veces caigo en la cuenta de que soy grande, soy adulta. En verdad nunca me imaginé que

lo sería, pensaba que iba a ser una chibola para siempre. Me acuerdo que alguna vez mi mamá me dijo que no iba a llegar a los treinta si seguía llevando la vida que llevaba. Y ahora, ni yo me reconozco, soy adulta en serio. Tengo a casi noventa chicos a mi cargo, noventa chicos que me dicen "miss" y me tratan de usted. Trabajo con personas que tienen años de experiencia y que, al comienzo, dudaban de mi capacidad. No se me ocurre tomar una gota de alcohol si al día siguiente tengo que trabajar (dictar con *secora* es lo peor). Valoro mis ocho horas de sueño, mis comidas, la plata que gano. A esa chica que pensaba que la mejor manera de vivir era haciéndolo rápido y sin pensar mucho en las consecuencias, solo se le ve una vez cada dos meses, más o menos.

De vez en cuando me asusto porque pienso que me estoy yendo al otro extremo. Pero sé que eso es por ahora, porque tengo una responsabilidad que me he tomado en serio, así que no me preocupo tanto. Y sé que, si algún día pensé en trabajar en educación a nivel de políticas, fui demasiado tonta al no querer entrar al aula. Trabajar en el colegio me ha abierto los ojos a la realidad educativa en nuestro país. Me ha ayudado a conocer realmente qué es lo que nos falta, qué necesitamos. Creo que después de estos dos años

ya estoy lista para trabajar en educación y se lo debo a este trabajo y a mis *chibolos*.

Faltan cinco meses y nos despedimos del colegio. Me voy con mis chicos de quinto. Todo el año he pensado en qué voy a decirles en la graduación, cómo nos vamos a despedir. Se me achica el corazón de pensar que ya no nos vamos a ver todos los días, que ahora ellos también van a ser grandes. Y me asusto cuando pienso en si he hecho bien mi trabajo en el colegio. Espero que sí, espero haber dejado una huella en esos chicos, al menos de la cuarta parte de la huella que ellos han dejado en mí.

He maldecido este trabajo mil veces. Mil veces me he quejado de no poder hacer lo que quiero con mi tiempo, de no tener fines de semana, de no tener horario fijo, de despertarme a las cinco y media de la mañana, de terminar ronca al final del día, de que no hagan sus tareas, de que la coordinadora de secundaria me maltrata... pero la verdad es que no cambiaría estos dos años por nada. Ha sido el mejor trabajo que he tenido, ha sido el trabajo en el que más he durado y el que con más pasión he realizado. Ha sido una gran experiencia, con sus altas y bajas pero, a la hora de hacer el balance final, da positivo.